El desagüe de las cintas amarillas

Por Shyvirelle

En el patio de la casa había un desagüe que solo trabajaba cuando llovía. Eso decía Salomé, la portera, cada vez que alguien se quejaba de las hojas acumuladas sobre la rejilla. Durante doce días no cayó una gota. Por eso le extrañó encontrar una cinta amarilla empapada entre dos barrotes.

La sacó con unas pinzas de tender. Medía poco más que su mano y tenía un extremo deshilachado, como si hubiera pertenecido a un paquete. Por una cara corría una línea húmeda y oscura. La otra estaba completamente seca. La extendió sobre una baldosa. El sol de las ocho no llegó a tocarla.

La noche anterior había oído el timbre del portal a las diez. No se levantó: vivía en la planta baja y sabía que los repartos terminaban mucho antes. Nadie la llamó por su nombre, nadie dejó una nota. En el libro de entradas no figuraba ninguna visita.

Al día siguiente apareció una segunda cinta. Era más larga y tenía la línea húmeda por debajo. Esta vez, el trazo se curvaba cerca del extremo. Salomé la colgó junto a la primera, sin juntarlas. Le molestaba no poder explicar un agua que no había pasado por el suelo. Tocó la pared, el marco de la puerta, el borde de la rejilla. Todo seco.

La vecina del primero, que regaba geranios en el patio, le sugirió una cañería. Salomé pidió que no regara durante una mañana y volvió a mirar. Encontró una tercera tira, doblada sobre sí misma: una mitad mojada por dentro y la otra por fuera. No era el recorrido del agua lo que cambiaba. Era el lado de la tela.

Esa tarde hizo una prueba sencilla. Sujetó la primera cinta entre dos pinzas del tendedero para que quedara vertical. Desde la escalera veía la cara húmeda. En el umbral de su vivienda, al otro lado, solo se veía la cara seca. Si alguien hubiese mirado al patio desde uno de esos lugares la noche del timbre, la cinta parecía conservar el lado que habría quedado frente a sus ojos.

Al anochecer sonó otra vez el timbre. Salomé estaba sentada en el pequeño despacho, frente a la puerta de cristal que daba al patio. No vio entrar a nadie. Sintió, sin embargo, un golpe breve contra la rejilla, semejante al de una moneda lanzada desde poca altura.

Esperó a que el reloj marcara las diez y un minuto. En el desagüe había una cinta nueva. La cara que podía verse desde su despacho estaba húmeda. La otra no. No hacía falta que nadie hubiese estado allí para mirar; bastaba con que alguien hubiera podido hacerlo. Era una distinción que no la tranquilizó.

Anotó en un cuaderno los lugares desde los que se veía cada cara: la escalera, el umbral, el cristal del despacho. No escribió nombres de vecinos. Las tiras no señalaban quién había mirado. Señalaban desde dónde habría sido posible mirar cuando pasaba la visita.

Al unir por los extremos dos cintas que habían aparecido en noches distintas, las marcas de humedad dibujaron algo parecido a un camino. La primera indicaba la esquina del patio donde se abrían los tendederos. La segunda continuaba hacia una pared lisa, detrás de la cual solo había una pequeña franja de tierra junto a la calle. Nadie podía recorrer los dos tramos seguidos sin atravesar esa pared. Salomé lo sabía porque había visto levantarla hacía treinta años.

Separó las cintas. Las volvió a aproximar, esta vez haciendo coincidir las caras secas. El recorrido cambiaba de lado, pero seguía sin corresponder a los pasos de una persona. Una cinta mostraba lo que habría podido verse desde arriba. La otra, lo que habría podido verse desde abajo. Juntas parecían prestar ojos a una visita que nunca completaba su trayecto en un solo cuerpo.

Aquella noche dejó de buscar un nombre en el libro de entradas. Pensó en todas las personas que habían atravesado el patio mirando el suelo, en las que habían levantado los ojos a una ventana, en quien hubiera caminado sin que nadie advirtiera su llegada. La visita no necesitaba una puerta abierta para que quedara una señal de su paso. Solo parecía necesitar una mirada posible.

A las diez encontró dos cintas nuevas pegadas en la rejilla. Una tenía el nudo ya hecho. La otra conservaba los extremos libres. Al aproximarlas vio que el trazo seco continuaba hacia la calle. Si anudaba ambas, el camino quedaría cerrado de principio a fin, aunque nadie lo hubiera andado.

Salomé dejó la última cinta sin enlazar. La puso sobre la mesa del despacho, con las dos caras a la vista, y apagó la luz. Durmió poco. Cada tanto le pareció oír el roce de una tela contra las baldosas.

Por la mañana no había cintas en el desagüe. En el umbral del portal se alineaban tres marcas secas del ancho de una cinta, como huecos en el polvo que la humedad de la noche había respetado. Venían de la calle. Se interrumpían justo antes de llegar al patio.

Un niño de unos siete años entró siguiendo las marcas. No llevaba llave ni paquete. Salomé lo vio detenerse ante la pared donde terminaba el camino imposible. El niño miró a su lado, a la altura de una mano que ya no estaba allí.

—¿Usted ha visto a la persona que venía caminando conmigo? —preguntó.

Salomé miró la cinta sin nudo sobre su mesa. Seguía seca por las dos caras. Por primera vez tuvo miedo de asomarse al patio para averiguar cuál de ellas empezaría a mojarse.